



La Unión Republicana

CADIZ

Nº 2

SUPLEMENTO ILUSTRADO



HEMEROTECA MUNICIPAL

MADRID

NUESTRAS CRIADAS



Friguier

—Oye, tú, Sinforosa, ¿has visto el lujo que se trae la Duarda á la plaza por la mañana temprano?

—Naturalmente: como que ha estado sirviendo mucho tiempo en la casa del Pueblo...

—¿Y qué?

r compa-
ona inte-
bar los
ves, San
declaró

o que an-
dió bebia
o un par
ontillado
Hijos de

a 2 y 4

tó donde
o de bue-
componer
e se han
le reco-
ito de Mi-
os 6.

hacia el
escriptorio
de B. de
, y pidió
sal para
nero dei

La Unión Republicana

FUNDADOR Y PROPIETARIO
D. JOSÉ MARENCO Y GUALTER

CÁDIZ 13 DE ENERO DE 1895

Balance



Con eso «del fantasma», andan ahora los vecinos de la calle de San Rafael y adyacentes, más mosqueados que concejal en visperas de proceso. Sebastiana, una chica preciosa que vive por aquellos alrededores, y que me plancha los cuellos (gratis por simpatías á LA UNIÓN REPUBLICANA) está llena de miedo y no sale á la calle hasta que Arbolí ó quien sea, ordene por oficio que le rompan, una extremidad cualquiera al guasón que se entretiene de noche en asustar á lo vecinos.

Ayer tuve necesidad de ir á casa de Sebastiana, porque me encontraba sin cuellos planchados, y no siempre puede uno derrochar dos reales, y comprar un cuello nuevo para presentarse limpio en la redacción. (Esto es un desahogo de un pecho herido.)

En fin, que emprendí el camino ya «de noche, anochecido», como dice Trejo, y entré en el domicilio de mi guapísima planchadora.

—¿Y Sebastiana? pregunté á una señora de barba corrida, tía segunda de la buena moza.

—¡Ay, D. Luis; no me hablé Vd. de la niña, que nos está quitando los días de la vida!

—Pero ¿qué le pasa? ¿donde está?

—¿Que donde está? En la última habitación con la puerta atrancada, y la cabeza entre dos colchones cameros.

—¡Qué atrocidad! ¿Le duelen las muelas acaso?

—No señor: que con eso de la fantasma, está nerviosa todo el día, porque no hay quien le quite de la idea que la primera noche que salga á entregar ropa, la fantasma se le vá á echar encima y la va á suspender por los aires.

—¡Todo sea por Genovés!; però, ¿y mis cuellos?

—¿Sus cuellos? Ahí están muertos de risa, desde que los trujeron. Como que Sebastiana no coje una plancha en la mano desde que el montañés de la esquina le dió la noticia de que andaba por el barrio una sombra con una «olla de luces» en lo alto.

—¡Pues me ha fastidiado la niña con su miedo! Pero en fin, no hay más que aguantarse y á ver si cuando pesquen al gracioso de la olla de luces, Sebastiana me arregla la ropa.

—Crea usted señorito, que la fantasma—¡mal tiro le dén!—me tiene ya á mí hasta la coronilla.

—Y diga usted: ¿ahora no habla ya Sebastiana con su novio el camarero?

—¿Que si no habla? Todo el día y toda la noche.

—¿Cómo toda la noche? ¿pues no dice Vd. que está encerrada?

—Sí; pero es que el novio está ahí dentro.

—¡Ah!!

La gripe no respeta clase ni posición.

Casi todos los miembros más ó menos conspicuos del fusionismo local, han sentido dolores en los riñones y otros síntomas del dichoso trancazo.

Afortunadamente, el mal no reviste—aparte de las molestias de convertirse la nariz en *manantial que no se agota*—gravedad mayor.

Con todo, á Castro se le conoce que ha estado enfermo.

Yo no sé si será mi vista, pero me parece que don Antonio ha perdido algunos kilos, y que su bigote ya no es lo que era.

Y haciéndole yo notar esto, á un sabio fusionista á quien trato con las reservas naturales, me dijo muy serio:

—Eso que Vd. nota en D. Antonio, no es más que un fenómeno físico, muy vulgar: se le «ha ido» parte del agua, y es un simple caso de evaporación.

¡Lo que vale el ser sabio!

Luis de Cádiz.

NOTICIA FRESCA

Aunque yo comprendo que el tiempo ha pasado y hasta que transcurra lo «menos», un año, no vuelven (si vuelven) á Cádiz los *Magos*, me han comprometido, me han comisionado al tanto por ciento los interesados, para que á los *Reyes*, que les obsequiaron, les dé muchas gracias por los agasajos. Ahora, con permiso de los festejados voy á hacer la lista de cuantos regalos hicieron los *Reyes*; conque, oído al «Castro»: A éste, á nuestro alcalde, le han adivinado sus inclinaciones y sus gustos raros, porque le trajeron diecinueve vasos, treinta y dos botijos, la vara de un carro, una miniatura de un bello felato, catorce lebrillos de piedra y de barro y un chorro de agua de un metro de alto. También le han traído á Don Eduardo el de los quevedos, al probo y honrado, un libro que trata en su texto vário, de hacer capitales con poco trabajo. En una ventana de Don Cayetano, dejaron los *Reyes*

un pliego lacrado, donde le nombraban jefe del cotarro. Arbolí, el sujeto del pelo rizado, en Puerto-Real tiene su regalo, que es un buen colegio que han edificado. Además le nombran los rumbosos *Magos*, administrador de su gran palacio. A Rivas el soso, el del mirar lánguido, le dán un proyecto para el nuevo *Aquarium*, con mil salchichones, del techo, colgando. Otro nombramiento dan á Nicolau, de alcalde, con cinco duretes diarios; y para que el ócio distraiga jugando al mús ó á la brisca, le dan varios mazos de barajas nuevas con reverses pálidos. Al sabio Meléndez también le dejaron una gran chistera que no ha aprovechado porque le está chica... ¡todo sea por Castro! En fin, que los *Reyes* de allá, se portaron; y no continúo, porque si relato todos los recuerdos y los agasajos que han dejado en Cádiz los tres *Reyes Magos*, lleno el Suplemento y... aun me falta espacio.

FIGARITO.

LETRAS GORDAS

El principio del fin.—La tregua.—«¡Hágamelo Vd. bueno!»
Un alcalde fin de siglo.—¡Ni el Gran Capitán!
El Palo y la Nomina.—Pluma y tinta.
Ciclismo... místico.—En carácter.

Ya no se enseñan los dientes; y si hemos de creer á los cornetines de las respectivas parroquias, de un momento á otro se darán el ósculo de paz, disidentes y leales.

Si la cosa hubiera de redundar en pró de los intereses de Cádiz y su provincia, ya tarda ese ajuste de paces más cacareado que el de la China y el Japón.

Pero como ya sabemos lo que unos y otros pueden dar de sí, tanto se preocupa la gente de la componenda, como de los rizos de cualquier teniente de alcalde.

En el interin, ya no se dicen perrerías las comadres fusionistas, porque la tregua pactada les encaja las mandíbulas y no pueden gritar.

Yo me río de esas treguas. Ellos no se dirán horrores, escandalizando a los vecinos; pero los diegues siguen en ejercicio.

Y con circunstancias agravantes.

Y peores que cuando se pasaban los días alborotando.

¡Siquiera ese tiempo no podían morder... en el presupuesto!

¡Y nos quejamos!

En Málaga hay un alcalde interino que da tres y raya a todo lo notable que hay en la clase de monterillas.

El hombre, es de lo más fresco que se conoce para hacer cuentas, y «se trae» una marcha, que da el opio (estilo malagueño).

Véase la muestra. Es cosa sabida que fuera del presupuesto adicional no deben pagarse obligaciones atrasadas con ingresos del ejercicio corriente. Pues bien; el malagueño no lo ha entendido así y ha dispuesto los siguientes pagos:

Un sereno a quien se le debía la cantidad de 1.071'50 pesetas desde el año 1886, negoció su crédito en 305; otro sereno a quien se le adeudaba 595'75 pesetas, los negoció en 100. A una viuda de un practicante a quien se le adeudaban 3.071'38 pesetas, las negoció en 500. No hay que decir que los negociantes de los créditos que apunto y de otros, hasta la cantidad de 90.831 pesetas, están en buenas relaciones de amistad con el alcalde; ¡pues ya lo creo!

Al encuadernador del Ayuntamiento se le han abonado 4.933 pesetas por el ejercicio corriente.

¡Eche Vd. cola, gaita y cartón!

Y siguen las maravillas municipales.

El alcalde cobró por gastos de representación 3.750 pesetas. Pero hay que hacer justicia; de esa cantidad, se destinaron 1.080 pesetas para los apaleadores del director de *El Microbio*, empleados en el municipio... precisamente para eso.

Hay también una partida de gastos de escritorio en las elecciones provinciales, que tira de espaldas.

¡1.777'75 pesetas en papel y plumas!

¡Y aun hay bienaventurados que temen la venida del Antecristo!

¡Que le pregunten por él a los malagueños!...

* *

En la actualidad se debate una cuestión interesantísima en la patria de Crispi y los macarrones.

Si el uso de la bicicleta debe ser permitido a los clérigos.

Yo no sé si la Congregación de Ritos no llevará a mal que los reverendos se remanguen la sotana y monten en el popularísimo vehículo.

Me alegraría de ello y de que la costumbre se extendiera por España.

No por mí, sino por el Padre Verasis.

Que aparte de las ventajas que podría sacar de la innovación, recorriendo en un momento el arrecife en busca de sepulcros egipcios y lebrillos rotos, estaría muy en carácter montado en la bicicleta.

Porque así resultaría
(y el buen padre me dispense)
¡cura de caballería!

ANGEL GUERRA.

“BOUQUET”

El me ha curado la vista
y me colocó muy alto,
pero no le debo nada
porque lo curé... de espanto.

Apestan más tus *partias*,
morenito de las aguas,
que el fango de la bahía.

Un trabuco naranjero
un puñal y dos formones:
—De quién es ese equipaje?
—De un alcalde de real orden.

Al jefe de tu partido
le tengo que regalar
una colección de tripas
de alcalde y de concejal.

En cuanto suelte la vara,
a los tres ó cuatro días,
nadie recuerda mis gracias.

Paliza y Compañía.

SIN POLITICA DISTRACCIONES

—Es inútil que te empeñes en consolarme; ¡lo que me pasa es horrible!

—Pero hombre; ¡a los tres días de casado!

—Por eso, precisamente.

—¿Tu mujer?...

—Calla y no la ofendas ni aun con el pensamiento. Mi mujer es un ángel que no nació para este mundo.

—Pues hijo, entonces...

—Oyeme y comprenderás toda la gravedad de mi situación. Ya conoces los devaneos de mi juventud: ya sabes que la lista de mis triunfos amoratorios es larga, interminable. Pues bien: todas mis culpas las he pagado en una noche, ¿qué digo en una noche? en un momento.

—¿De veras? Sabes, Mariano, que la historia me va interesando?

—No te burles, y escucha. Tú que me conoces desde hace años, sabes que siempre he tenido el peligroso defecto de las distracciones que ya en los tiempos felices del colegio me valieron muy buenos coscorrones del maestro. No olvidarás de fijo que al preguntarme por los ríos de España, yo contestaba con los nombres de los juegos más en boga entre los muchachos...

—Bueno; ¿y qué?

—Ten paciencia, que ahora viene lo más trágico de la narración. Se efectuó mi boda con Julia; lleno de emoción esperé el momento de decir a mi esposa todo lo que la adoraba. Y llegó el supremo instante. Retirados ya los últimos convidados, testigos importunos de mi dicha, quedé solo con mi mujercita, y entonces—¡ay!, ¡tiemblo al recordarlo!—, lleno de pasión dijele mil ternezas; pero en vez de llamarla por su nombre, pronuncié otro, no se cual, un nombre femenino de los muchos que aún me bailan en la memoria. Mi mujer dió un salto y me miró con ojos de loca; yo, hecho un imbécil y turbado al notar mi equivocación, quise enmendarla, y ¡horrorízate chico!; seis u ocho nombres distintos dije a mi esposa, y ninguno era el suyo.

—¿Pero es posible?

—Lo que oyes: puede figurarte lo que siguió después: una escena terrible de celos y reproche, que terminó, cerrándome Julia a piedra y lodo la puerta del dormitorio conyugal, y amenazándome con la separación. Ayer por la mañana la busqué para darla una explicación y exigir-sela al mismo tiempo.

—¿Y te la dió?

—Sí: en la cara con una zapatilla.

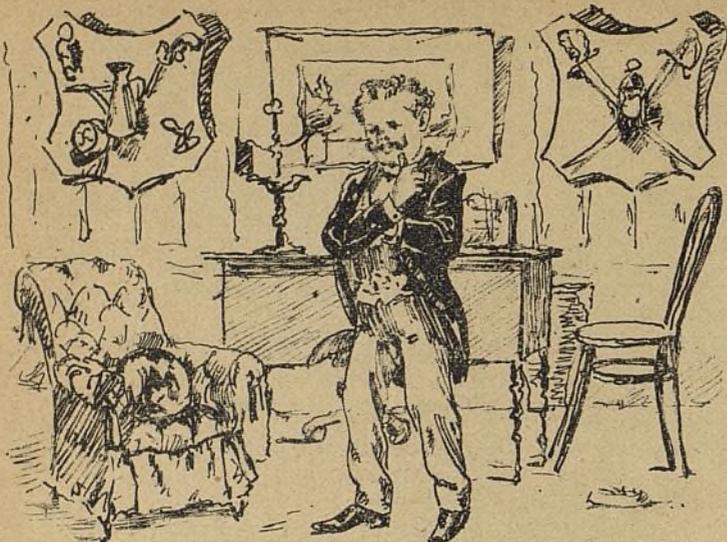
—¡Canastos!

II

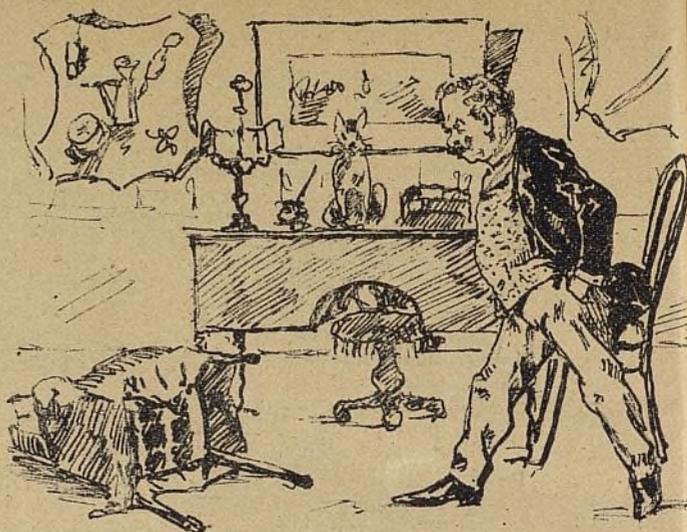
No sé, en qué lugar de la tierra se escondió luego Mariano. Es lo cierto que yo no volví a verle hasta pasados seis meses de nuestra conversación, y juro por mi palabra que me costó trabajo reconocerlo.

Aquel joven de cuerpo airoso, semblante pálido y ojos soñadores habíase transformado en vulgarote y gordiflón

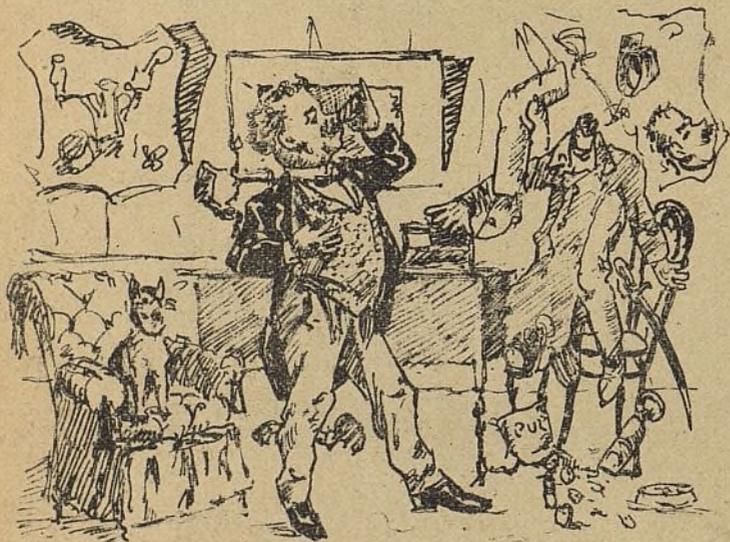
SOLILOQUIO



—Vamos á ver: ¿qué era yo en el mundo, antes de la venida de Carreño á estas playas? nada: un administrador de fincas, muy distraído.



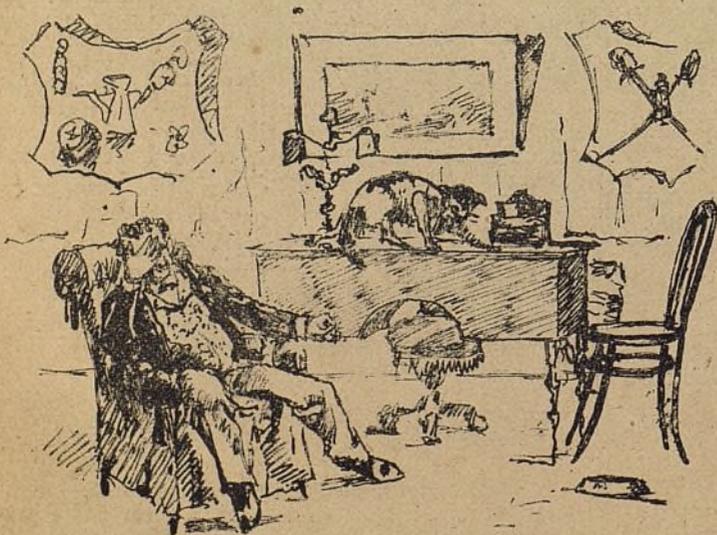
¡Mi situación es horrible!: sin la protección del tartamudo, D. Cayetano hará cuanto pueda porque me echen á escobazos del Ayuntamiento. ¡Ay!



¿Y qué soy ahora? Un personaje influyente, ¡ejem! ¡ejem! que hace mangas y capirotos de la compañía de serenos... y de otras cosas.



¿Y luego? ¿Me despreciará Domingo? ¿Me tirarán pesas en la Pescadería, cuando me vean sin el bastón? ¿Me pondrán algún petardo?



Y debiéndoselo todo á Carreño, ¿qué vá á ser de mí, si Pepe se queda en los Madriles para hacer chistes en el comedor de Sagasta?



¡Señor! Descarga sobre mí, todos los rigores de tu justicia, pero ¡por Dios, que no me saquen coplas los chicos de LA UNIÓN REPUBLICANA!

EPÍLOGO DE UN SAINETE



*El desprecio de Leonor
ó soberbia castellana:
(Ella está en la barbacana,
y en la calle el trovador.)*

El.—Si quieres que yo te quiera
ha de ser con condición
de que se vaya Domingo
del grupo de la fusión.

Ella.—Me quisiste, me olvidaste
y hoy me vuelves á querer:
zapatos que yo deseche
no me los vuelvo á poner

burgués cuyo rostro apoplético de color y salud respiraba alegría.

—¡Mariano!, dije yo, tendiéndole los brazos.

—Si, el mismo: estoy desconocido, ¿verdad?

—Por completo. ¿Qué es de tu vida? Sospecho al verte de ese modo que aquellos disgustos célebres tendrían arreglo...

—¡Bah! ¡quién se acuerda ya de eso! Soy feliz, completamente feliz.

—Vaya, me alegro: supongo que tu mujercita habrá cambiado de genio, ¿eh?

—No lo creas.

—¿Que nó? Entonces habrás tú hecho el milagro de corregirte de aquellas distracciones que al principio...

—Tampoco. Y sin embargo la paz está asegurada en mi familia.

—Entonces...

—Pues hijo, lo más sencillo del mundo: mi mujer que, como te dije en cierta ocasión, es un ángel, ya no me da guerra, porque ella también sufre las mismas distracciones que yo.

—¡Cuerno!

—Figúrate que hace ya tres meses que no me llama nunca por mi nombre!...

Y Mariano soltó una carcajada que alborotó la calle.

Joaquín Navarro.

Enero 11, de 1895.

Nuestros versos

POR LA VIA

Era en el mes de Enero;
al pasar por la casa, un arriero
que de la villa próxima venia,
dióle un papel doblado que decía:
«Padre, venga usted pronto, que me muero.»
Cubriósele la cara de repente
de densa palidez al tío Vicente,
arrojó la colilla que fumaba,
y mientras sus bolsillos registraba,
el papel estrujó maquinalmente.
La mirada del viejo
lanzó el siniestro brillo
que le arranca á la placa de un espejo
un chispazo entre rojo y amarillo,
y empujando el sillón desvencijado
donde estuvo sentado,
desde la acera opuesta vieron todos
lanzarse á la corriente sin abrigo,
á Vicente el mendigo
corriendo igual que corren los beodos.
Atravesó cien calles; ya en franquía
extendió por el campo su mirada,
y al ver la estación sola y olvidada
en mañana tan lóbrega y tan fría,
exclamó:—¡Tiempo falta todavía
para que salga el tren! No, no detengo
mi marcha... ¿y para qué, si aunque quisiera
quedarme aquí, no tengo
lo que cuesta un billete de tercera?...—
Y al levantar sus ojos, que se abrieron
inyectados de sangre y de hilos rojos,
los negros nubarrones recogieron
dos blasfemias lanzadas de sus ojos.
Caminó un largo trecho; la nevada
dejó la vega en su extensión, cubierta
de blancura sin fin é inmaculada
del tono del sudario de una muerta;
y al querer ser ligero y siendo breve
tras de hacer un esfuerzo sobrehumano,
dobló el paso llevando el pobre anciano
nieve en las sienes, y en sus plantas nieve.
De uno en otro, en hilera inacabable
los postes telegráficos clavados,
arrastraba en su marcha miserable
sus miembros sin calor y casi helados.
Adelantó el viajero solitario
y cruzó calles y ascendió á los montes,

siempre viéndose un punto, en el sudario
extendido entre opuestos horizontes.
Se acercaba ya el fin; aunque lejano
oyó con claridad aquel anciano
un silbido; volviendo la cabeza
vió acercarse hacia él con ligereza
y cubriendo de humo los confines,
un tren, que al caminar sobre la nieve
semejaba el marchar traidor y alevé
de una fiera en un campo de jazmines.
Al notar que era el mismo
que dejó atrás y que supuso lejos,
llegando del furor al paroxismo
y queriendo en su absurdo idiotismo
tan propio de muchachos y de viejos
adelantarse al tren, saltó á la vía,
en la cual la nevada
dejó medio borrada
la línea que en la nieve se perdía;
y por el duro hielo y blanca escarcha
siguió el viejo su marcha,
mientras el tren cercano repetía
una nota cortada y titilante
que amenazaba al débil caminante.
Ya el tren silbando cada vez más breve
se encontraba á cien pasos del anciano,
cuando surgió de pronto un ser humano
de una casilla oculta entre la nieve,
que cogiendo en sus brazos
al mendigo suicida
ya próximo á quedar hecho pedazos,
le gritó:—¡Poco quieres á tu vida!—
Al ir á contestar el tío Vicente
cruzó el tren á su vista velozmente,
y al pasar, escuchó de los viajeros
apóstrofes sinceros
condenando su estúpida imprudencia;
él con indiferencia
señaló al tren, y con voz sorda, dijo:
—¡Ah! ¡No hablara ninguno así, de fijo,
si estuviera sumido en la indigencia
y próximo á quedarse sin un hijo!...

MIGUEL REY RIVADENEIRA.

HOJAS DE UN ALBUM

PENSAMIENTOS INÉDITOS

La humanidad no es más que un gran intestino del Universo.

Y así como en el orden fisiológico, el anudamiento de las tripas produce graves trastornos, en el social, los motines y las revueltas causan los grandes cataclismos de la historia.

= ¡Viña, y Matadero! Hé aquí dos sitios sin los cuales faltarian al hombre los elementos más indispensables para la vida: la carne y el vino.

= La afabllidad sirve muchas veces de capa al delito.

Eduardo J. Genovés.

El mundo nun es más que una Prevención civil grande.

El que tiene dineru ó padrinus anda sueltu: el que no, á la Preve cun «vinculu» y todú.

El cabo Bertoa.

El mundo es un montón informe de fechas y sucesos que acaba en punta.

*= El mortero es el simbolo de todo lo bello: fué inventado por los griegos y modificado por Fabié.
¡Gloria al polvo de vejeta!*

E. Rodríguez (Farmacéutico.)

El globo terráqueo no es otra cosa que una trampa inmensa en cuyo interior se agitan los humanos.

De vez en cuando se abre la puerta y sale corriendo un deudor.
= Dentro del orden social no encuentro tipo más odioso que el del acreedor.
= No concibo á la humanidad sin las Islas Británicas.

Joaquin de Torres.

Las sesiones del Ayuntamiento de Cadiz Y UN ALCALDE TERNE Ó LAS CAMPANILLAS VOLANDO.

Empecemos este articulejo, titulado á lo Ricardo de la Vega, poniéndonos en bien con San Benito de Palermo. Ya sabrán ustedes, porque lo habrán leído en los periódicos, y si no lo saben se lo digo yo ahora, que á la última sesión municipal celebrada por nuestro Ayuntamiento, solo asistieron siete concejales de los treinta y tantos de que se compone el cabildo.

Había algunos concejales enfermos, con la indisposición de moda, pues ya hemos convenido en que *viste mucho* eso de enfermar de lo que *anda*, para darse tono, y otros no asistieron porque no les dió la real gana; pero la prensa calla que además de esos siete concejales fueron otros al Ayuntamiento, y al saber el desaguisado que Castro iba á hacer con ellos, dijeron para sí: «guarda Pablo, que es podenco»; (esto de podenco es una frase: hacemos la aclaración para que Castro no se considere aludido), y tomaron el buen acuerdo de marcharse con viento fresco antes que *lloviera*.

Y la cosa no era para menos. Figúrense ustedes que á Castro, á quien le conocíamos como empleado de consumos y amigo de esconderse en los pajares, de alcaide de matadero y protector de empresas de aguas, se nos revela ahora como *guapo* de esos que tan bien nos ha pintado nuestro insigne paisano Javier de Búrgos en sus *Va-lientes*.

Pues bien; Castro había dicho, que como algunos concejales que tenían presentado ciertos expuestos no lo retirasen, iba á armar la gran *bronca*, y si cualquiera de esos borregos, digo concejales, hablaba del asunto ¡le iba á tirar la campanilla á la cabeza!

Saber esto Emilito Rodríguez, Escauriza y los otros compinches, y echar á correr como alma que lleva el diablo, huyendo del Ayuntamiento, fué una misma cosa, creyéndose tener ya sobre la cabeza el esquilón de marras.

Esto, como ustedes comprenderán, abre una nueva era en los anales de nuestro sin par Ayuntamiento. Desde hoy en adelante, cuando algún concejal tenga que tratar un asunto que no agrade mucho á la presidencia, tendrá que blindarse, colocándose á prudente distancia, para que no le alcance el *projectil* en forma de esquila que le arroje el alcalde, y ocurrirá algo parecido á lo siguiente:

—Pido la palabra para una cuestión de orden—dirá un concejal echando á correr y parapetándose detrás de la puerta.

—La tiene su señoría—contestará el alcalde empuñando la campanilla—pero advierto al señor concejal que no admito la menor frase de censura, porque á la primera que pronuncie, le voy á saltar los sesos.

Y vaya Vd. después de eso á decirle á ningún alcalde que debía tener colgada la campanilla al pescuezo, ú otra cosa por el estilo...

¡Choque Vd. esos cinco, amigo Castro! De esta hecha vamos á ser grandes amigos. Ya veo que Vd. se va volviendo revolucionario, pues no es pequeña la revolución que su sistema va á producir en las prácticas concejales.

¡Así! ¡Duro y á la cabeza, donde no cojéen! ¡Ah! suprima Vd. las plazas de los médicos de Beneficencia, y en su lugar establezca un botiquin contiguo al salon de sesiones, para los *accidentes*.

No estaria demás tampoco que los concejales, á guisa de bastón, llevaran un Maüser, y al anunciar una interpe-lación, dijeran, dirigiéndose al alcalde con entonación *mu-*

propia, rémedando la frase de los ladrones (dicho sea sin ofender á la respetable clase de estos industriales):
—¡La palabra ó la vida!

MOSCARDÓN.

POR TELÉGRAFO

(DE NUESTRO SERVICIO PARTICULARÍSIMO)

REGALO DE BODA

Madrid, 12, noche, urgente.

Para la boda anunciada—D. Mateo el presidente—regala á la desposada—la canana charolada—que usaba Diego Corriente.

MOTIN

En Villa-lila del Prado,—ha ocurrido un gran tumulto,—habiendo quemado el pueblo—las casetas de consumos.—Venga Prieto con refuerzos—que hay cuatro guardias difuntos,—y que se traiga empleados—de los que sean más brutos.

RECAIDA

Ayer tarde Sagasta—renegó en el Consejo, de su casta,—porque al ponerse en pié,—notó que le dolía el peroné.—Se teme que por eso—montado en Pablo Cruz vaya al Congreso.

VARIAS NOTICIAS

El conde de la Villa del Suspiro—se cayó en el estanque del Retiro.—Aunque pasó un mal rato—no se llegó á mojar más que un zapato.

Se ha descubierto un robo en Filipinas—de un millón y doscientas mil gallinas.—Se cree que los autores—deben su puesto á los conservadores.

CUESTION ZANJADA

El exministro Jiménez—y el diputado Cerote—se han batido ayer á escoba—por asuntos de elecciones. El ministro ha resultado—con dos terribles lesiones—en la pantorrilla izquierda.—Resultó ileso Cerote.

El corresponsal.—BOFES.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Ciro.—No, por Dios: artículos á la luna, no nos sirven. Escriba Vd. algo sobre este miserable planeta, y ya veremos, porque Vd. no es manco.

Perico.—Que no, hombre, que no. Eso lo manda usted á *El Motin*, que allí lo aceptarán y hasta puede que se lo paguen al peso.

Cúchares.—Sirve y se publicará en el momento oportuno. Hoy no es tiempo.

Pilastra.—Y de piedra berroqueña debe Vd. ser, por las sandeces que escribe.

Quero.—No tome Vd. el nombre de nadie para mandaseguidillas de nueve versos, y con más sílabas de las acordadas por los Concilios.

K. Chi. To.—¡Qué descansada quedaria su apreciable mamá después de haberlo parido! ¡y qué lástima de trabajo!

Rayos.—Variándole el final y quitándole la atrocidad que dice Vd. á los fusionistas en la segunda estrofa, podrá pasar... un día de apuros.

Mirón.—Verá Vd. Lo que nos conviene son asuntos políticos tratados con gracia, etc. De otra índole, tenemos de sobra versos y hasta poemas enteros. Conque venga de ahí.

Clara.—A los pies de Vd. pero... no puede complacerla por el horror instintivo que me producen los versos de las señoras: ¡tan bellas y manchándose los deditos de tinta! ¡que pena! ¿verdad?

Juanito.—Versifica Vd. como el aguador de mi casa; y como los aguadores, etc., etc.

Quedan muchas cartas por contestar.

Imprenta de La Unión Republicana

